

Huascar Rodríguez García, Raúl Reyes Zárate, Carlos Soria, Galvarro Terán y Gustavo Rodríguez Ostría. *Los partidos de izquierda ante la cuestión indígena 1920-1977*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2017.

Matias J. Rubio (UNLu)

Resulta una realidad incuestionable el nivel de protagonismo que, desde la llegada del Movimiento al Socialismo (MAS) al poder, ha adquirido la cuestión indígena en el mundo de la producción intelectual y las ciencias sociales. Sin embargo, aunque los ataques a la vieja izquierda boliviana han sido muchos, esta no había sido tratada en su relación con la cuestión indígena de forma sistemática.

En la obra que reseñamos a continuación la relación entre izquierda y cuestión indígena es abordada por primera vez, de forma integral y con un sólido trabajo documental, a través de ejes problemáticos, coyunturas y prácticas, que cruzan transversalmente a las organizaciones. Como no podía ser de otra manera, no solo se aborda a las organizaciones, sino que, por las características de estas, se analiza toda una gama de movilizaciones y sectores sociales: el activismo y las ideas de la pequeña burguesía urbana, la clase obrera sindicalizada y el movimiento campesino.

El libro se estructura en cinco capítulos que, por el carácter monográfico de su escritura, pueden leerse individualmente uno de otro. Sin embargo, la riqueza de estas intervenciones, sus falencias y el objetivo político de la obra se encuentra en la lectura comparativa de las intervenciones. Reseñaremos cada una de ellas, y por último, expondremos brevemente nuestra opinión sobre la obra.

En el primer capítulo del libro, Huascar Rodríguez García analiza la dinámica política y social de Cochabamba entre 1920 y 1952 con el objetivo de contribuir a la explicación del proceso formativo de los partidos marxistas, fundamentalmente el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), y nacionalistas, especialmente el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), cuyos núcleos iniciales dominaron crecientemente, a partir de los años 30, la vida política boliviana. Formada en un ambiente de intercambios culturales, con vínculos perdurables entre

elites radicalizadas y sectores populares, la izquierda cochabambina habría actuado presa de su época: el mestizaje, como idea paternalista que pugna por la “superación” de lo indio, condicionó los vínculos entre mundo urbano y rural sobre la base de un discurso clasista que desconocía las contradicciones étnicas. De esta manera, según el autor, el naciente sindicalismo obrero rechazó lo esencial de la cultura popular, las identidades indígenas, usando un “marxismo de manual” que permitió a los indios identificarse como campesinos, categoría que rechazó las connotaciones negativas de ser originario e implicó el deseo de poseer la tierra.

Según el autor, el catalizador determinante de la ideología del mestizaje incubado en Cochabamba fue la emergencia política de una población quechua que no se asumía como “india”, sino como “campesina” y parcelaria, cuestión que se articuló perfectamente con los programas políticos del PIR y del MNR: desindianizar Bolivia para llegar a la modernidad. Es decir, el telón de fondo de esta formación social y política fue la hegemonía de las ideas evolucionistas, según las cuales debía educarse a los indígenas mediante la escuela, el partido o el sindicato.

Raúl Reyes Zárate se ocupa de reconstruir la visión plasmada por el PIR acerca del problema indígena y la cuestión nacional. El autor aborda la temática haciendo eje en, por un lado, las obras de José Antonio Arze, Fausto Reinaga y Arturo Urquidí y, por otro, en el programa aprobado por el partido en los años 40. Para el historiador boliviano, estos textos tienen en común intentar entender y explicar el desarrollo histórico boliviano bajo los parámetros de la “teoría de la evolución de la lucha de clases”. Se parte de considerar la atención prestada por el partido al pasado histórico para hilvanar su programa político y, dentro de ello, el énfasis puesto en la naturaleza social de los regímenes precedentes. En este sentido, el autor señala que la etapa colonial fue conceptualizada como el origen de la contradicción entre explotadores y explotados. Sin embargo, el carácter semicolonial de Bolivia, según el programa del partido, tendría su origen en la dependencia económica originada en el siglo XIX con la expansión del liberalismo y, esta última, ocuparía un lugar central a la hora de elaborar una estrategia política.

Reyes Zárate destaca que a pesar de que el partido y sus intelectuales prestaron particular atención al *ayllu* como “el espíritu de la nación”

y al problema indígena, reconociendo la necesidad de crear instancias partidarias dirigidas por aymaras y quechuas para atender los problemas de las comunidades, estas últimas siempre fueron entendidas como conjunto de campesinos y no comprendieron a fondo la dimensión de lo indígena.

El tercer capítulo, escrito por Carlos Soria Galvarro, está dedicado al análisis de los planteos programáticos del Partido Obrero Revolucionario (POR), trotskista, y del Partido Comunista de Bolivia (PCB), estalinista, respecto al problema campesino-indígena. El artículo hace foco en el accionar de estos partidos frente a la Revolución Nacional (1952), la Reforma Agraria (1953), la Asamblea Popular (1971) y el ascenso del MAS al poder.

El autor sentencia que ambos partidos tuvieron una activa participación en el movimiento campesino, aunque sin lograr atraer a las masas rurales a sus organizaciones, ni dirigir completamente los organismos de representación sindical. A su vez, se sostiene que estos partidos ignoraron, o no comprendieron, las expresiones que se desarrollaron en la reivindicación del indio, fundamentalmente la emergencia del katarismo. A partir de ese momento (1978-1980), sentencia el autor, estos partidos perdieron totalmente su potencial protagonismo y su capacidad propagandística sobre los sectores campesinos e indígenas colocándose crecientemente al margen de los movimientos populares.

Soria Galvarro concede al PCB reconocer esta emergencia indígena. Este partido, sin embargo, advierte el autor, identificó como un “racismo al revés” el fenómeno, pero no reelaboró su política en función de una comprensión mayor del fenómeno. En contraposición, critica fuertemente al POR, organización que no habría tratado jamás esta temática producto de su perspectiva obrerista.

El siguiente capítulo está dedicado a la izquierda guerrillera que tuvo su natalicio con la incursión de Ernesto “Che” Guevara en el país a fines de la década del 60. Gustavo Rodríguez Ostia analiza como la realidad agraria e indígena fue abordada, primero, por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y, luego, el Partido Revolucionario de los Trabajadores en Bolivia (PRT-B). El autor señala que la guerrilla, a pesar de desarrollar su actividad fundamentalmente en el ámbito rural, apeló a ganar a

las masas rurales con un discurso campesinista que desconocía el problema indígena, al igual que el resto de las organizaciones.

Por último, Reyes Zárate, nuevamente, estudia el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML), organización maoísta fundada en 1965, y, particularmente, su práctica política en el mundo rural a través de la Unión de Campesinos Pobres (UCAPO), que encabezó ocupaciones de tierras en Santa Cruz en 1970-1971. El autor advierte que esta experiencia pese “a que seguramente fue el intento más serio de las organizaciones marxistas para abordar el problema agrario”, tampoco superó el discurso mestizo. Considera que el énfasis de esta organización en sus planteos programáticos, respecto al problema del latifundio, implicó imprimir una orientación novedosa al movimiento campesino que pasó a realizar ocupaciones de estancias con rehenes. Pese a la relevancia e impacto de estas actividades, según Reyes Zárate, la situación coyuntural del movimiento campesino posibilitó un rápido aniquilamiento del grupo maoísta que dirigía las acciones.

La idea central, defendida en el libro, es clara: la izquierda criolla en bloque no supo interpretar los cambios producidos en la esfera social a partir de la emergencia del katarismo, perdiendo toda posibilidad histórica de desarrollar su programa revolucionario. Detrás de este distinguido ataque a la vieja izquierda que protagonizó la vida política boliviana hasta, al menos, la década del 80 del siglo pasado, se encuentra un olvido deliberado de las raíces históricas y sociales que posibilitaron aquel protagonismo previo. Solamente Rodríguez Ostría lo advierte, al marcar que las condiciones precedentes a aquella transición fueron “la crisis del estado mono-cultural instaurado en 1952 y el desmantelamiento físico y político de la vanguardia proletaria minera, a la que la izquierda boliviana había apostado la conducción de la revolución socialista”.

De esta manera, el libro opera, sobre una historia de fracasos indiscutibles, en función de liquidar las posibilidades históricas, pasadas y presentes, de la izquierda marxista tras la intención de ocupar su lugar. El indianismo, que vendría a ocupar el lugar perdido por la izquierda marxista y el nacionalismo, se postula entonces como el sepulturero de un conjunto de ideas que habrían fracasado históricamente y de un conjunto de organizaciones que fueron incapaces de pensar la realidad

nacional teniendo en cuenta “su aspecto fundamental”, desviando así una liberación real de los sectores subalternos.

Adolfo Gilly. *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

Juan Pablo Sorrentino (UBA)

El cardenismo, una utopía mexicana se presenta como una obra que describe la continuación de un proceso histórico que había quedado trunco años atrás y que el mismo autor había analizado en su libro *La revolución interrumpida*.

Al haber transcurrido ya ochenta años de la expropiación petrolera en México, el 18 de Marzo de 1938, es necesario y pertinente recuperar para nuestro presente el trasfondo de lo que fue uno de los primeros paradigmas latinoamericanos en lo que a la nacionalización de recursos naturales se refiere. Y es en este sentido, que la obra aquí reseñada nos brinda una aproximación a tan prominente suceso, centrado en el impulsor de la misma y quien ejercía la presidencia de México desde 1934, Lázaro Cárdenas del Río.

Sin embargo, cabe destacar que si bien está centrada en esta medida, toca asimismo eventos de radical importancia en el período, como es la aplicación de la reforma agraria, analizándola junto con sus resultados en el devenir histórico.

Haciendo foco en la estructura de la obra, es menester exponer que la misma está separada en tres partes denominadas: “Un rayo en el azul”, “Los principios y los fines” y “Una utopía mexicana” que presentan la característica de no responder a un relato cronológico, sino que puede alternarse el orden de lectura y aun así se comprendería la obra. En la primera, se cuentan los días previos a la medida central analizada en el texto y cómo sus principales autores, desde el Estado, la llevaron a cabo. En la segunda, se puede observar lo que sería la legitimación de la medida, analizando la Constitución de 1917 como fundamento

principal, haciendo eco de la voluntad popular y los derechos sociales e históricos del pueblo mexicano.

En la última parte toma sentido el título del libro, ya que explica como el gobierno cardenista en todo momento se planteaba la necesidad de llevar a cabo la misión histórica que la Revolución enarbolaba y dejó inconclusa. La cual si bien era esbozada como una utopía, en todo momento se mostró posible gracias a la determinación personal tanto de Cárdenas, como de sus principales colaboradores en el gobierno, entre los que el autor destaca a su compañero el general Francisco J. Múgica.

Un rasgo fundamental en lo que hace a la consistencia y originalidad de este libro es la utilización de fuentes. Además de incluir otras obras sobre el tema, contiene en gran parte documentos de la época, como ser publicaciones periodísticas, intercambios de cartas entre protagonistas, declaraciones públicas, memorias de distintos funcionarios (entre las que cabe resaltar los *Apuntes* del propio Cárdenas), notas de Embajadas, del Departamento de Estado de Estados Unidos, de compañías petroleras. Las mismas acercan al lector a lo que se vivía en México y permiten crear una trama que refleja lo complejo de llevar a cabo medidas, como son la nacionalización del petróleo y la expropiación de tierras en pos de la reforma agraria, que muchas veces se pierde en relatos que utilizan otro tipo de fuentes.

Otro rasgo a destacar del texto, es el amplio lugar que se le da a aquellos actores que fueron parte del proceso y muchas veces son pasados por alto, que al darles luz nos permite ver aquella trama capilar del poder que en la mayoría de las obras se oscurece. Es en este sentido que sirven de ejemplos los casos de los distintos funcionarios diplomáticos, destacándose el embajador estadounidense en México, Josephus Daniels, los “empleados” de la embajada como Bobbie MacVeagh, como así también los representantes del Departamento de Estado estadounidense. como Benjamin Sumner Welles y Cordell Hull.

A modo de crítica, la obra carece de un análisis del accionar de las clases populares (trabajadores y campesinos) que si bien son vistos como aquella masa por la cual “se toman las decisiones”, solo se les da lugar en el inicio de los conflictos (en referencia a los trabajadores petroleros, al iniciar el conflicto con las compañías a expropiar). Es decir que, en lugar de hacer un análisis desde abajo, el autor desarrolla